

SU nombre no es música, pero se parece

ADRIANA NOEMÍ TORRES ARREGUÍN



endira

Grupo Editorial Endira México, S.A DE C.V

Su nombre no es música pero se parece

Primera Edición, 2016.

© 2016, Adriana Noemí Torres Arreguín.

D.R. De esta edición.

© 2016, Grupo Editorial Endira México, S.A de C.V.

16 de Septiembre 8 local 16, Colonia Centro, San Juan del Río, Qro.

C.P. 76800 San Juan del Río, Querétaro.

Teléfono: (427) 272-47-97

www.endira.com.mx

Queda prohibida la reproducción directa o indirecta, total o parcial de esta edición así como la explotación de la misma, sin autorización escrita del editor.

Impreso en México.

ISBN: 978-607-8323-47-0

Diseño: Erik Gastón Sánchez Basurto

Para mayor información, visita:
www.endira.com.mx

¿Tienes algún comentario, duda o sugerencia?

Escríbenos a: lectores@endira.com.mx

ÍNDICE

Dedicatoria	9
Agradecimientos	11
El colegio católico	13
Creciendo juntos.....	105
El último semestre.....	153
La graduación.....	185

DEDICATORIA

Esta dedicatoria tiene varias *promesas* en ella:

- A mi papá, siempre te haré sentir orgulloso.
- A mi mamá, siempre llevaré en alto tu apellido.
- A mi hermana, siempre estaré para poder reír juntas.
- A mi esposo, siempre te amaré y admiraré como el ejemplo en el que te has convertido.
- A mi hijo, éste es sólo el primero de los muchos esfuerzos que haré por ti.
- Al sol de octubre, siempre te recordaremos.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia Torres, Arreguin, Medina, Salas y Ramírez Meléndez. Gracias por su complicidad en este segundo paso y su apoyo en el camino hasta hoy recorrido.

A mis amigos: a los viejos que forman parte de esta historia, a los nuevos que recién se integran. A los perdidos que añoro y a los eternos, que siempre están ahí, en cada letra.

A mi amiga y apoyo, Ana Neumann.
A mis alumnos.
A mis perritos.

A ti, que nunca dejaste a Arlene seguir sola su camino.

4to. año de Preparatoria.

"EL COLEGIO CATÓLICO."

ARLENE

No sé por qué me gusta tanto ver series gringas, todas son lo mismo, no creí que un día fuera a ver situaciones así en la vida real. Esos roles de los alumnos: uno es popular y guapo, el otro tonto, otro deportista, otra bonita, otra porrista; no sé, me cagan. O a la mejor me empezaron a cagar ahora en la prepa porque ya no estoy del lado que estaba acostumbrada. En la primaria era la niña nueva que jalaba la atención por eso: ser nueva. En la secu era la chavita que tenía amigos que la consentían y cuidaban. Pero dentro de todo eso, siento que no tengo una personalidad, hasta Marcela la tenía, medio falsa, pero personalidad al fin.

Cuando nos decían que la prepa iba a ser un mundo muy diferente y más grande, se me hacía exagerado, pero tenían razón. Estamos todos en esta escuela, menos Marcela.

La prepa es inmensa, tiene cuatro patios, un auditorio dos veces más grande que el de la secundaria, una iglesia al lado del patio interno, tres laboratorios y además tiene tres canchas de básquet y dos de fut. Es como que *too much*, como que te pierdes. Es prepa de dos años y en el salón me tocó con Ro, Henry y Cris, pero no con Becky. Sí esta padre y sí hay buen ambiente según esto, pero muchos de mis compañeros

de grupo... grrr, nomás no me terminan de caer. No sé qué me pasa, me siento medio gris, va una semana de clase y no es como en la secundaria. Tampoco mis amigos parecen estar tan a gusto. Hasta Ro está más serio, bueno, no tanto serio, pero sí más tranquilo.

La prepa es católica, no tengo problema con eso, yo también lo soy, hasta llevamos clases de Ética, que en realidad a mí se me figuran como de religión, como si fuera el catecismo a nivel universitario. Pero está bien, en serio no importa, me gustan de hecho porque a veces se prestan al debate; mis compañeros son los que no me gustan, o bueno, algunos.

Al no estar Becky en mi grupo me siento desprotegida, porque en la secu era como mi hermana mayor. Me gusta que Rodrigo esté en mi salón, pero a la vez no, no quiero que vea esta parte de mí, esta parte tímida y callada, pero es que esta gente me hace ser así, yo no lo era. Siento que aquí todos entraron con muchas ganas y yo no, yo estaba a gusto en la secu pero aquí... no sé. Hay una chava que quiere ser amiga de todos, se llama Evangelina. El tercer día de clase nos mandó cartitas a casi todas las mujeres, bueno, no eran cartitas, sino como unos recados ñoños, el mío decía: "¡Hola niña! ¡Espero que estés súper bien!". Todas las viejas casi se le hincan, pero yo creo que es hipócrita, no sé, igual ella sólo quiere caer bien, ser amable, pero su cara y su mirada no me gustan. Pienso que las amistades forzadas son como cuando a huevo quieres fumar para estar *in*, pero ni sabes soltar el humo... como yo la vez que traté de fumar. Evangelina es chaparrita, como de la estatura de Becky, tiene el pelo castaño oscuro y la boca muy grande, hasta le cabe el puño completo, que *freak*, pero ella eso ha dicho. Es

delgada y honestamente no es fea, se inscribió para las pruebas de porristas y en clase se sienta al lado mío. Hay un tipo que se llama Juan Carlos, está guapo, viene de un colegio para puros hombres, y como que trae esas mismas ganas que todos parecen tener, menos yo. Él es un año mayor que nosotros porque creo que alguna vez en la primaria reprobó o algo así. Se parece a Alejandro Sanz, pero obvio no tan ruco, aunque Alejandro no está ruco. *Anyway*, Juan Carlos sí llama la atención y para variar y no perder la costumbre, a mí me parece sangrón, aunque en el fondo sí me gustaría conocerlo. Es como un Ro, pero mamón, la verdad no puedo juzgarlo bien todavía. Cuando se presentó a todos en la primera clase, dijo que se llamaba Juan Favela, que venía del colegio “Pablo Neruda” y que le gustaba el fútbol. Sí está guapo, pero me cae gordo o a la mejor solo es que me da pena hablarle. O quizá es que su amigo Ignacio sí me cae muy mal, es un güey chaparrillo y bien feo, bueno no feo asqueroso horrible, pero sí bien ñoño, siempre anda atrás de Juan Carlos, pero en serio, atrás de él para todos lados, yo creo que hasta cuándo van al baño le pone su toallita para que se seque las manos. Y por si fuera poco, Ignacio también es el tapete de Evangelina, siempre anda ahí haciéndole la barba, agarrándole el pelo, trayéndole sabritas y todo eso. Tipo le gusta porque también siempre la anda abrazando. ¡Es que es eso! este ambiente tan juvenil de “todos nos llevamos bien” no me gusta. Siento que le falta algo. Por suerte aquí en mi salón están Ro, Henry y Cristian.

Aunque bueno, tengo que admitir que no todos en el grupo son como los tres que ya describí. Hay un chavito que se llama Santiago. No he hablado mucho con él, de hecho ni una vez, pero ha de ser buena onda, se ve. Además no es de aquí, es de Guadalajara. Cuando se presentó dijo que le gustaba dibujar.

ENRIQUE

Mi mamá estuvo de acuerdo en meterme a esta escuela porque es católica, mi jefe dijo que le daba igual, pero que si me metía a ésta, más me valdría sacar buenas calificaciones porque está bien cara. Me daba igual, como sea, pero aquí venían mis cuates y pues, mejor, ¿no? Aquí entraron el Cri—cri, Roro, Arle y Rebeca, nomás que no me tocó en el grupo de Rebe y no puedo saber qué anda haciendo.

Llevamos tres semanas de clase y mi madre está encantada con este colegio, ella es bien católica y cómo no va a estar que salta de gusto, si le conté que cada jueves tenemos misa a las doce del día, que cada lunes nos confiesan y que todos los días media hora antes de clase, le rezamos a Juan Bosco y a María Auxiliadora.

Entramos quince para las siete de la mañana y nos formamos todos en el patio interno que está al lado del auditorio, todos, los cuartos y los quintos años rezamos un rosario completo. El primer día mis amigos y yo nos volteamos a ver con cara de qué onda, pero ahorita ya me acostumbré. Todo fuera como eso. Las materias están bien pero no sé por qué desperdiciamos tanto tiempo en mamadas de relleno como Etimologías Grecolatinas, pinche nombrecito mamila, o Ética; o sea ¿a mí me van a venir a enseñar ética?, a mí, que he vivido con la familia más bipolar del pinche globo terráqueo. ¡No mamen!, es que llevamos un chingo de materias de hueva, Filosofía y no sé qué tanto. Ya deberían de mandarlas al carajo de los programas, ¿o qué?, ¿a poco a mí me van a dar un trabajo en la Zona Industrial si les hablo de Sócrates o esas cosas? ¡Ni madres que!, y no es que me muera por un trabajo ahí, yo quiero ser chef, pero me la voy a pelar y no me va a quedar otro remedio más que en un par de años

meterme a estudiar una Ingeniería. Pero si lo hago, va a ser a una chingona, no como el pinche aplanacalles de mi hermano.

Por eso creo que estas materias no me van a servir para nada, pero ya que chingaos. Lo que sí está poca madre, es que tenemos dos recesos, uno de veinte minutos a las nueve cuarenta y uno de media hora a las once treinta. Este colegio es medio raro, pero dentro de todas las mamadas como materias de “Historia de mi yo interior y los secretos más profundos de la humanidad” (bueno, la neta no hay ninguna que así se llame), la verdad es que sí tienen maestros chidos, y no mamadas. Nivel así: si estos güeyes dieran clases de cerámica, me cae que serían los más cabrones en hacer vasijas.

El profe de Química, por ejemplo, es el más perro de todos, se llama Venancio (jeje , como españolete) y sí es cabrón, tanto, tanto que nadie entiende una mierda de lo que dice. Yo dos tres le batallo pero los ejercicios me salen, por lo menos la mitad. Arlene es la que sí le sufre, Rodrigo dijo que le iba a explicar y creo que Arle irá a su casa el fin para que le diga cómo hacerle. Ese güey se sigue sacando todo bien, es nerd de naturaleza, bueno no es nerd, pero sí le echa coco a las cosas.

Esto de que nos tenemos que confesar los lunes no me termina de gustar, yo sí me he confesado pero no se me quita el cargo de conciencia que traigo, y eso es porque además de Rebeca, también me gusta una de las porristas, se llama Evangelina.

CRISTIAN

La fachada de este lugar es bastante deprimente, es un portón café pero está todo pintarrajeado, tiene

graffitis horribles y naquísimos de una banda que al parecer se llama “Las ratas”. Hay basura en la banqueta, agrégale que son las nueve de la mañana de domingo y yo estoy aquí parado sin saber qué hacer.

No sé si tocar o qué onda, adentro se escucha ruido, gritos y voces, me recuerda a cuando estaba en la primaria. A la mejor si toco nadie me escucha.

Dos horas, dos largas horas tengo que pasar ahí adentro, y ni sé que voy a hacer.

Esto de que la escuela nos obligue a hacer un servicio social a la comunidad por dos horas a la semana está de hueva.

En la fachada hay un cartel que dice “Oratorio Don Bosco”, según lo que nos explicaron, aquí vienen niños huérfanos y de escasos recursos a jugar y distraerse todos los domingos. Yo no creo tenerles paciencia, la verdad ni sé por qué estoy aquí.

—Hola Cris —esa voz clara me recuerda por qué lo hice, porque elegí esto como servicio social.—Hola Arle —la saludo con un beso en mejilla. Trae un pants azul con una chamarra de gorrito, huele a lo que recuerdo que siempre ha oído, como a shampoo de coco.

—¿Por qué no has entrado? —Me pregunta, pongo cara de flojera.

—Acabo de llegar —Arlene me sonrío y toca muy fuerte en la puerta.

Adentro se escuchan pasos, alguien viene a abrirnos. La cara de Arle, aún en lo nublado de la mañana se ve bonita, siempre he pensado que la gente se ve fea cuando el clima está así, que el rostro se les ve cenizo

y el pelo opaco, esa impresión me da. Pero en ella no. Un señor que tiene cara de padrecito nos abre la puerta.

–Diga –nos mira, por un momento ni Arle ni yo sabemos que decir.

–Venimos del colegio, para hacer el servicio social –me adelanto.

–Ah, muy bien, muy bien –dice el señor bonachonamente, haciéndose a un lado para dejarnos pasar– adelante, ya están llegando los niños.

Adentro hay cerca de ochenta chavitos y andan corriendo por todo el patio, no está pavimentado, pero hay unos juegos: resbaladillas, columpios y cosas así que están hechos de madera.

–Hoy no vinieron los más grandes porque tenían un juego de baloncesto y otros muchachos los llevaron – explica el hombre.

¿No están todos?, chale, ahora si estuvieran... ¿baloncesto? Que cagado se escucha. Ya nadie le llama así al básquet, excepto quizá este señor. Me pregunto si también hay otras palabras que usa y que ya suenan viejas, como decir “¿qué hongo?”, o algo así.

–Ah, ok –dice Arlene, seguro ha de estar pensando lo mismo que yo.

–Pues pásenle, si un chamaco se les descontrola, avisen, pero no ha pasado últimamente –nos explica, para luego alejarse.

–No, pues sí –digo, cruzándome de brazos, ya bien fastidiado.

–Vamos –Arlene camina hacia la bola de niños y yo la sigo. A ella si le gusta esta onda, o por lo menos si tiene paciencia. La veo saludar a una niña de unos siete años, que se parece a ella: tiene el pelo castaño y largo,

los ojos cafés y la boca chiquita, solo que la niña está muy despeinada y tiene la cara manchada de tierra, bueno más bien la nariz. Se mete el dedo a la boca con pena, como queriendo sonreírle a Arlene.

—¿Y cuándo se te cayó el diente, princesa? —Le pregunta, la escuincla se ríe y no contesta. Me pregunto si alguna vez en su vida le habrán llamado princesa. Una cosa horrible se me revuelve en el estómago.

—¿Tú cómo te llamas? —Un niño más chiquito, como de cinco años me está jalando del pantalón. Es güerito y pecoso, trae una playera de los caballeros del zodiaco, le queda bien grande, tiene el cabello despeinado y algo largo, si lo ves sin atención hasta parece una niña.

—Cristian, ¿y tú? —Me cuesta soltarme, desde que llegamos traigo las manos en los bolsillos del pantalón, sigo así aunque este niño se me esté colgando de la pierna.

—Luisito —parpadea, también tiene las pestañas güeras.

—¿Cuántos años tienes? —Le preguntó, pero él ni me fuma.

—Oye ¿jugamos a la resbaladita?, ven —me saca la mano del bolsillo y me jala con él. Está chistoso, corre como la niña de Monster Inc. La resbaladilla no se ve muy segura, para subirse hay que trepar unos troncos horizontales, y está bien alta, pero Luisito se trepa como chango y en segundos ya está abajo de nuevo.

—¡Vente! —me dice.

—Es que yo estoy muy grande para subirme, ¿y si la rompo? —Le contesto, él se ríe. Tiene la risa padre, como que le sale de la garganta.

—¡Pues si la rompes nos vamos corriendo y decimos que fueron las niñas! —Sugiere pero luego se echa a correr hacia los columpios. Están solos y ya veo porque: hay como un hormiguero justo debajo de los asientos.

–¡Guacala, arañas! –El niño se acerca y se medio agacha para verlas, pone sus manillas sobre las rodillas y hace caras de asco.

–Esas son hormigas.

–¿Pican?

–Nada más si las molestas– digo, Luis se clava viéndolas y yo volteo a ver que anda haciendo Arlene. Está sentada en un banco viejo como de escuela y cuatro niños de unos diez años la rodean, sepa que les estará contando, pero se ve que están entretenidos. También unos niños más chiquitos la están escuchando.

–Las voy a pisar –anuncia Luis de repente.

–¡No!, te van a picar si las pisas, ellas son más –lo miro, se me queda viendo, tiene los ojos miel.

–Ay, pero yo las quiero pisar –insiste, oh escuincle terco.

–No Luis, si te pican te van a salir unas ronchotas bien feas y te van a doler mucho, luego te van a tener que inyectar –explico, tratando de asustarlo. Él abre los ojos muy grandes.

–¿Qué es inyectar? –Pregunta, me da risa.

–¡Cris! –La voz de Arlene me llama desde su junta con los niños esos. Con la mano me pide que vaya.

–¿Quién es? –Pregunta Luisito apuntándola.

–Es una amiga.

–Tu novia.

–No, una amiga.

–Entonces es tu hermana –Luis pisa una hormiga y se va corriendo– ¡te van a picar! –Grita mientras se sigue alejando.

Camino hacia donde está Arlene, los gritos de todos los demás escuincles son muy fuertes, tienen energía pero la neta sí me da cosa, todos son delgados y la mayoría tienen el pelo descuidado y los ojos tristes.

Además de Arle y yo también hay otros güeyes de la escuela, de otros grupos, están jugando a la rueda de San Miguel o una mamada así. A un lado de donde está Arle hay una chavita como de unos catorce años con un bebé. No manches, que pasado de lanza, el bebé está dormido pero se le ve la carita bien flaquita, no mames, que pinche mierda es el mundo, esto sí me da coraje, y se me hace un nudo en la garganta cuando pienso que tal vez la chavita es la mamá del bebecito. Ella está igual de mal, súper flaca, tiene el pelo corto y negro, la boca pálida, no como la de Arlene que siempre está rojita. Pobre chava, no puedo seguir viéndola, siento bien culero.

Arlene está garabateando cosas en su cuaderno.

—Y si lo ponen en el cuadro de en medio, nunca van a perder —explica, seguro está con lo del truco para siempre ganar jugando al gato.

—¿Nunca? —Le pregunta un niño morenito de lentes, con el pelo a rapa.

—Jamás de los jamases, ¿verdad, Cris? —Me mira, todos los escuincles voltean, pero yo la veo a ella. Su atención es mía, por ahora, los domingos, porque no está él.

RODRIGO

Venancio está de no mames, no pone los ejercicios más difíciles yo creo que porque nos tiene lastima. La clase enterita trata de poner atención pero este güey habla tan rápido que nomás no está fácil seguirle el ritmo. Pobrecilla de mi Arle, sé que trata de entenderle a la Química pero no puede y se harta. Me choca que se dé por vencida así de fácil, ella es lista, aunque quizá no para estas ondas. Tiene esa cara que pone cuando no sabe qué hacer, seguro perdió el hilo de la clase y se le hace tonto seguir apuntando nomás a lo güey.

Yo le dije que le explicaba, la neta es que difícil, así que tú digas *difícil*, no está, o sea sí, pero entendible, lo que pasa es que ella se atora en cosas que ni al caso. Quiere que le explique y hoy en la tarde va a ir a mi casa.

Afuera del salón pasan unos de quinto de Rondalla, los conocí ayer en la reunión que hubo, la primera. Eso fue lo que escogí como mi club: Rondalla. Henry escogió fut y Arlene también. Cristian se metió a dibujo, está con otro güey del salón que dibuja chido, se llama Santiago.

Ayer los de Rondalla nos juntamos en el auditorio y hoy viernes es nuestro primer ensayo. Me gusta la guitarra y cantar pero me da miedillo de que me pase como con el fut, o sea que ya al ver la chinga que es, me eche para atrás.

Timbran, todos empiezan a guardar sus cosas, Evangelina se ríe, pero bien fuerte, no me cae mal, pero mmm, como que su forma de ser no me termina de gustar.

Saco mi iPod y estoy programando las canciones cuando Arlene se acerca.

—Ro, ¿sí me vas a ayudar?

—Ya *Sanborns*, yo te ayudo.

—No seas naco —sonríe y me da un golpecito en el hombro.

—¡Oh!, ¿ahora por qué? —le devuelvo el golpe con misma poca intensidad.

—Ash, menso, ¿entonces?

—Sí —le muevo al iPod y pongo *Stranger by the day*— mira, ésta está chida —le paso el audífono y escucha, pone atención aunque sé que a la mejor es una rola que no conoce.

–¿Es nueva?

–Na, ya tiene un chorro –contesto, ella sigue tratando de poner atención. Me gusta que se esfuerce, su boca está roja como siempre y trae el pelo en dos trencitas, se ve como desde que la conozco, el mismo lunarcito en la mejilla, los ojos que no quieren revelar mucho, pero sí lo hacen.

–Ya me voy Ro –se quita los audis.

–Ok, ¿entonces?

–Pues ya quedamos, paso a tu casa en la tarde – dice, en la puerta está Becky esperándola.

–Sale, llego como seis y media.

–¿Te quedas a Club, verdad? –Pregunta.

–Sí, Rondalla.

–Sale, bye –se acerca y me da un beso en la mejilla, yo tengo los audífonos puestos y la canción de *Stranger by the day* se sigue escuchando. Casi ni me doy cuenta que el salón está casi vacío, ya son las dos.

Cuando llego al auditorio apenas hay como tres personas, y Manuel, el maestro, está platicando con ellos. Pido permiso para entrar, este auditorio está chingón, más grande que el de la secu y como que más elegante. No tengo nervios, pero cuando me siento a un lado de los otros tres güeyes, algo se apodera de mí y me quedo serio. Es raro, ni Cris ni Henry están aquí pero nunca necesité de ellos antes para sentirme a gusto.

Cuando llegan otros diez güeyes siento que está por pasar algo que me dará temor, pero no mames ¿por qué temor?

–Bueno, primero tenemos que dividirnos en voces, ¿va? –Dice Manuel sin más ceremonia– graves y agudas, según las notas que alcancen, pero esto no significa que los agudos sean los que canten con voz muy delgadita, así como Cenicienta, sino con agudos

me refiero a que pueden cantar en notas más altas que los graves no pueden porque la voz no les alcanza.

Después de explicar, eso hace: uno a uno nos va escuchando y estos nervios que siento en el estómago y en la garganta no se comparan con ningún balón de fut que alguna vez haya pateado. Faltan tres para seguir yo ¿y si me dice que canto de la chingada y que me regrese por donde vine?

—¿Eres del “D”? —Me pregunta un güey, tiene ojos pequeños y la cara medio chistosa, está como de mi estatura.

—Sí.

—Órale —contesta y luego se hace un silencio medio pinche. No sé cómo llenarlo, antes estos silencios me los pasaba por el arco del triunfo, pero ahorita tengo nervios y eso es la realidad.

—A ver, Rodrigo, pásale —dice Manuel, camino hasta donde él está, en el escenario la madera cruje bajo mis pies. Seguro Arle sintió así cuando dijo aquella poesía.

Después de medio cantar Manuel decide que mi timbre de voz es agudo, está chido porque como dijo, alcanzo notas padres. La primera canción que nos vamos a aprender se llama “Potosina”.

—Es como la del “Librito” —explica Manuel, afinando su guitarra— la que a fuerza nos tenemos que saber porque la vamos a tocar en cada presentación y serenata que tengamos.

La canción no está difícil, pero sí medio cursilona, es para las mujeres de San Luis Potosí. Manuel dijo que se puede usar para las serenatas del diez de mayo, pero que también jala para las novias y eso.

Yo tengo un chingo sin tener vieja. La última fue Malena, en la secu, pero equis. No me cuesta tratar

de tocar la canción, nomás son cuatro pisadas, pero los demás como que sí le están batallando. Estamos divididos en el escenario, los graves están atrás de los agudos y cantamos diferentes partes. Me gusta, neta, esto de la Rondalla está chido. Porque por otro lado las Estudiantinas nunca me han gustado, como que se me hace mucha lentejuela y eso, es mil veces más chingona una Rondalla. Pero lo que yo más quería al meterme a este club era tocar la guitarra y eso es lo que estoy haciendo. Cantar me sale bien, pero eso ya lo mejoraré.

Me gusta tanto que el tiempo pasa en chinga y ya son las seis.

—Miren, les quería comentar, antes de que se vayan, que pueden hacer su servicio social aquí en la escuela —dice Manuel, guardando su guitarra.

—¿Cómo? —Pregunta el güey que me saludó al principio y que tiene como cara de zancudo.

—Los domingos hay misas aquí en la capilla del colegio, y ustedes pueden venir a tocar en ellas y cumplir así su servicio, es lo que también hace el coro de la escuela.

—¿Es obligatorio? —Pregunta Ignacio, un güey chaparrillo que está en mi salón.

—No, pero es una opción —contesta Manuel. Quizá sí me anime a hacerlo, quién sabe. Afuera ya está atardeciendo, vamos caminando hacia la salida de la escuela. Se ve chingona así, con el sol y todo, nomás estamos nosotros, nadie más.

Me despido de todos y me pongo los audífonos, programo la lista de rolas de trova que me pasó mi prima, están bien chidas, aunque yo nunca antes las había escuchado. Hay algunas que sí siento, pero otras, las que hablan de sufrir me cuesta que me lleguen. Voy

en el camión con mi guitarra guardada en el empaque, camino hacia mi casa. Esta ciudad se ve Perrona en la tarde, ahorita todavía no hace frío pero el invierno siempre me ha gustado más. Voy escuchando una canción de Silvio Rodríguez y me bajo del camión, camino dos cuadras hasta mi casa y son seis veinte. En diez minutos se supone que Arlene va a llegar a mi casa para estudiar Química. Y cuando llego, ya está ahí, trae un pantalón de mezclilla y una chamarrita verde, también su libreta de Química.

ARLENE

¡Ah, ya llegó!, qué pena tocar a su casa y que no esté. Me da miedo su mamá y un poco también su hermana. Su casa está toda bonita, y muy limpia, o sea súper ordenada. Pasamos al estudio y yo no dejo de abrazar mi libreta de Química. Ro es súper inteligente pero sé que no le voy a entender ni madres a estas chingaderas de las valencias entre los elementos de la tabla periódica. También su estudio está bien bonito, todos los libros súper ordenados y puestos en su lugar. En mi casa no es así, Ale siempre deja libros donde sea, hasta en el baño hay libros de la geografía de México. El otro día me encontré un manual de los tipos de cuchillo en mi cuarto, ha de ser de su novio, se la pasan prestándose libros. Yo siempre la molesto diciéndole que a él sólo le enseñan cómo usar los cubiertos. Ni se enoja, nada más le da risa.

Ro me explica *over and over* y yo cada vez tengo más ganas de matarme. Hasta que veo algo en la parte de atrás de su libreta, el nombre de alguien.

—¿Qué es esto? —Pregunto, tratando de quitarle el cuaderno.

—¿Qué es qué? —Está distraído comiéndose un

dorito, pero como que le cae el veinte y me arrebató la libreta.

—¿Qué decía ahí, Ro? —Pregunto, tratando de ver.

—Nada —sujeta el cuaderno entre las manos.

—Ay, ya dime.

Siento algo, emoción, algo que no sé cómo carajos describir, vi que era un nombre que empieza con A y estaba medio rayado. Estoy a un paso de lo que siempre he querido leer, pero a la vez no estoy segura. ¿Y si dice Agapita o Alfonsina o Abelarda?

—No es nada —se levanta riéndose, está nervioso, lo conozco.

—Rodrigo, ándale, déjame ver —insisto él está de pie y esconde la libreta en su espalda— ¿no somos amigos?

—Sí, pero... —se queda a la mitad de la respuesta, tiene las mejillas enrojecidas.

—¡Ro! —Lo persigo por el cuarto, tratando de quitársela, hasta que lo acorralo contra la pared.

—¡Arlene, ya!, vas a reprobar Química ¿eh? —Dice, a la mejor tiene razón, pero la Química es algo que se quedará atorado en mi vida por siempre, y lo que su libreta dice no.

—Qué tiene, la paso el siguiente mes —digo.

—Mensa —se ríe, y por fin le puedo quitar el cuaderno, leo sus garabatos en la última página, pero no sé qué dicen, están rayados y no se ve bien.

—¡Arlene! —Me quita la libreta de nuevo, pero al hacerse para atrás, su cabeza apaga el interruptor y de repente el cuarto está a oscuras. Lo más raro, es que siento que él me está abrazando. No entiendo lo que pasa. Pero al parecer él sí, porque no se quita, creo que me abraza más.

—¿Qué decía? —Pregunto, medio nerviosa, él me sigue abrazando y todo está oscuro, siento bien chistoso y no quiero que este momento acabe, siento

que es el que llevo años esperando, el que recordaré dentro de mucho tiempo.

—Nada —su voz parece de otro mundo, lejana a todo lo que nos ha pasado antes.

—Dime Ro —lo abrazo también, la luz del estudio sigue apagada, por un lado me estoy cagando de miedo de que su mamá abra la puerta y nos vea abrazados a oscuras, pero otra parte de mi me dice que no mame, que hace rato no me sentía tan feliz, que Ro huele a un perfumito como olían los juguetes de mi infancia, que lo más pendejo que puedo hacer ahorita es separarme de él.

—¿Ro?

—¿Eh?

No mames, ni estamos diciendo nada, pero estamos abrazados en la oscuridad y eso es lo más hermoso del mundo. Esta sensación de *para siempre* es lo mejor. Lo abrazo más fuerte, pero lo empujo de más y su cabeza vuelve a presionar el interruptor, la luz se enciende de nuevo y cuando lo veo a los ojos, aún abrazándolo, la libreta de Química y la voz de su hermana afuera del estudio me hacen sentir que el momento terminó.

CRISTIAN

A lo mejor debí haberme metido a fut con Henry, o hasta a Rondalla con el Rodrigo si quieres. Aunque yo no sé tocar la guitarra, no tengo ni la más pálida idea de que hago aquí en el taller de dibujo. Bueno, no es taller, le llaman “Club”, muy gringos ellos. Llevamos tres clases y ha estado de hueva.

El salón donde estamos está medio peque, tiene tres mesas altas, con tres lámparas en cada una, un pizarrón de los verdes, porque así dicen que los trazos salen mejor que en los blancos. Llevo diez minutos esperando a que el Profe Vidal se decida a decirnos que haremos hoy, pero sigue tratando de sacar unas copias.

Al lado mío está Santiago, trae un audífono puesto y una playera con la “K” de Korn, una banda que le gusta mucho, o eso me contó Arle. En clase ella se sienta atrás de él. Santiago también es de Guadalajara, a mí a veces se me hace medio mamonsón, aunque Arle dice que es buena onda. Para mí no parece más que un fresa con pretensiones de punkie.

–Este güey –murmura– no entiende que la chingada copiadora no tiene tóner –Santiago sonríe con sarcasmo, eso sí, es muy risueño el güey.

–Neta, ya queda media hora de clase nada más –contesto, rayoneando el block, pero lo tapo porque no quiero que este güey vea lo que dibujo.

–Chale, pinche clase, en la secu de Guadalajara si nos daban clases chidas, bueno normal, pero sí hacíamos más que esto.

–Ah, órale –eso es a lo que me refiero, Santiago siempre habla de Guadalajara como si fuera pinche primer mundo, o pinche Holanda o algo así y la verdad como que fastidia.

–Oye, ¿tú eres bien cuate de Arlene, no? –Dice, desenredando el cable de sus audífonos, trae como cuatro pulseritas en cada mano, una es el movimiento 132 y las otras de bandas rockeritas pero fresas.

–Ey, la conozco desde hace mucho.

–Cámara –contesta y se queda pensando.

Lo chido de los viernes en esta prepa es que podemos traer ropa normal, o sea nos dan chance de no venir con el uniforme. Santiago siempre viene más o menos igual: con pantalones verde botella o cafés y playeras de bandas dizque punks.

–¿Por?

–Le pregunto mientras el profe empieza a escribir la actividad en el pizarrón. Vaya, por fin.

¿TE GUSTÓ? ADQUIÉRELO EN

Gonvill
LIBRERIAS



librería
científica



Librerías
Hidalgo



www.endira.com.mx